

*Rationality through Reasoning* contribuye de manera novedosa al debate acerca de la naturaleza de la racionalidad, y recoge gran parte de las respuestas que generó su artículo de 1999. A pesar de la variedad de la temática, el hilo argumental del libro no deja cabos sueltos, ni se enreda en discusiones superfluas. Por ello, esta obra resulta de interés para todos los interesados en la filosofía de la acción, y en la racionalidad en general, pues alterna reflexiones conceptuales de gran precisión con ejemplos y explicaciones que pretenden llegar a un público más amplio.

Miranda del Corral. CONICET – Universidad de Buenos Aires  
miranda.delcorral@filo.uba.ar

---

BURGE, TYLER

*Cognition Through Understanding. Self-Knowledge, Interlocution, Reasoning, Reflection. Philosophical Essays. Vol 3*, Oxford University Press, Oxford, 2013, 635 pp.

Tylor Burge (1946) es un conocido analítico racionalista especialista en Frege que con anterioridad ya ha publicado otros dos volúmenes de sus *Philosophical Essays*, a saber: *Truth, Thought, Reason: Essays on Frege* (2005) y *Foundations of Mind* (2007), y la monografía *Origins of Objectivity* (2010). Allí ha defendido el llamado *externalismo* y *anti-individualismo* de la *filosofía de la mente*, al modo de Frege, respecto de la necesidad de un mundo entorno contextual y de un nivel de control consciente compartido respecto de otras mentes. Por su parte *Conocimiento a través de la comprensión*, pretende justificar la *autoinmunidad de la razón* respecto de una posible corrección compartida de sus posibles errores. Esta propuesta habría sido resultado de un doble proceso que habría tenido lugar a lo largo de la filosofía del siglo XX, a saber:

a) La permanente vigencia del *racionalismo epistémico*, al menos en el ámbito de la lógica y de las matemáticas, especialmente después

de Frege, Russell y el primer Wittgenstein, en contra de las propuestas revisionistas de Popper, Quine, Davidson, Kripke, Putnam, Peacocke, Shoemaker, o antes Ramsey.

b) La *reformulación racionalista autocrítica* de las propuestas leibnizianas, fregeanas o wittgenstenianas, siempre que reúnan dos rasgos fundamentales: 1) reconocer el papel lógico que siguen desempeñado el autoconocimiento, el razonamiento y la autorreflexión en todo proceso encaminado a lograr una efectiva *autoinmunización* de determinadas verdades de razón frente a todo posible oponente; 2) rechazar, sin embargo, la pretensión *psicologista* leibniziana, pero también wittgensteniana, de haber alcanzado una *psicología del descubrimiento* que correlaciona cada concepto con cada una de las representaciones perceptivas que pueden tener lugar en la experiencia, cuando en ambos casos se recurre a procedimientos de convalidación, lógica o psicológica, totalmente distintos. En este contexto Burge distingue al menos tres tipos de racionalismo:

a) El *racionalismo exclusivamente semiótico* del positivismo lógico de Russell y del *Tractatus* del primer Wittgenstein, dirigido al análisis exclusivo de las palabras, pero sin hacer ninguna referencia epistemológica a los respectivos *conceptos*, por haber malinterpretado las propuestas de Frege, o antes Leibniz;

b) El *racionalismo semióticamente reflexivo*, pero *psicológicamente inconsciente*, de los seguidores antes mencionados del segundo Wittgenstein. Defendieron una *psicología del descubrimiento* en donde se fomenta una elaboración meramente inconsciente de este tipo de conceptos abstractos, sin especificar el tipo de razonamiento que en cada caso permite justificar un posible tránsito desde lo particular a lo más general. Al menos así sucedió en Quine y Davidson por confundir los procesos lógicos con los semióticos, la justificación de los conceptos y del lenguaje; en Shoemaker, Parfit o Kobes, por atribuir a la memoria un carácter “per se” en la formación de los conceptos, cuando a lo máximo es meramente “per accidens”; en Peacocke por pretender la “total formación” de los conceptos con anterioridad al uso del lenguaje, cuando siempre deben estar abiertos a una permanente revisión crítica; en Kripke por confundir el uso argumentativo racional de los conceptos con el uso compartido del habla humana;

en Putnam cuando confundió los juegos del lenguaje con el carácter axiomático de los primeros principios de la lógica.

c) La vuelta a un *racionalismo epistémico* de tipo *reflexivo* al modo propuesto por Frege, y ahora también por Burge, siempre que se aporte una prueba del posible *sentido compartido* otorgado a cada concepto, si se pretende que tenga un poder persuasivo o comunicativo verdaderamente convincente, sin otorgarle un valor meramente psicológico.

En cualquier caso Burge ahora considera posible seguir admitiendo la pretendida *autoinmunidad de la razón* siempre que se respeten cuatro requisitos, a saber: a) la elaboración responsable de los conceptos, empezando por los más básicos; b) el análisis reflexivo pormenorizado de sus estados mentales particulares similar al que pudiera llevar a cabo una computadora; c) garantizar el pleno sentido funcional autocrítico y a la vez argumental que, al menos según Frege, les corresponde a los conceptos; d) garantizar una reflexión acerca de la viabilidad de los respectivos procesos de formación. Analizó estos requisitos a través de un conjunto de veinticuatro artículos publicados entre 1988 y 2012, ahora agrupados en cuatro partes.

Parte I. *Autoconocimiento*. Se requiere para poder garantizar una efectiva *autoinmunidad* de los posibles errores de la memoria casuística, del distanciamiento lógico-histórico, de la autoridad moral o de la propia capacidad de autocomprensión frente a todo posible oponente. Especialmente cuando se esgrimen como título legítimo (“Entitlement”) de un conjunto de *normas constitutivas* previas que, frente a Kobes, ya no tienen un origen psicológico individualista, sino largas cadenas lógicas de argumentaciones, al modo propuesto por Boghossian, Gareth Evans, J. McDowell, Peacocke, Crispin Wright, Barry C. Smith o Cinthya Macdonald.

Parte II: *Interlocución*. El comportamiento lógicamente responsable de todo agente racional a la hora de pretender justificar la autoinmunidad de una argumentación frente a otras posibles *mentes interlocutoras*. Al menos así habría sido enfatizado por Leibniz, Kant o Frege, pero también por Mill, Russell, Quine, Davidson o Strawson, aunque cada uno lo hiciera en sentidos muy diferentes. El agente

racional debe admitir la existencia de otras mentes en virtud de criterios estrictamente racionales, sin necesidad de remitirse a razones de tipo semiótico, si verdaderamente quiere ser consecuente con aquello que hace.

Parte III: *El razonamiento y la individualidad de las personas*. El uso de los conceptos exige el recurso a un lenguaje en primera persona, si no se quiere derivar hacia una interpretación meramente anónima de este tipo de procesos, como sucede en Peacocke, o Kobes, o incluso una posible “muerte del sujeto”, como pretende Shoemaker. Se defiende así un *modesto dualismo* o desdoblamiento de la mente humana donde las otras mentes de los respectivos interlocutores, se conciben al modo de un condicionamiento “a priori” que, al igual que anteriormente habría ocurrido en Descartes, Leibniz o Kant, se puede hacer compatible con un proceso de computación algorítmica, al modo como ocurre en las máquinas cibernéticas, sin que ello suponga un atentado contra la creatividad de las matemáticas, ni contra la individualidad de las personas.

Parte IV: *Reflexión*. Sólo se puede garantizar la efectiva *supervivencia del sentido* y un *pleno sentido funcional* de los conceptos a través del pensamiento de los demás interlocutores si se admite el consiguiente proceso de reflexión, a pesar de tener que pagar el peaje de las posibles manipulaciones interesadas de que en cada caso puede ser objeto, al modo ya señalado por Frege. Se contrapone así el uso preferentemente semántico que Kripke, Putnam, Parfit, Benajan, Peacocke o Shoemaker, hacen del sentido de las palabras respecto de aquel otro sentido funcional epistémico que Frege asigna a los conceptos. En cualquier caso Frege, al igual que anteriormente habría ocurrido en Descartes, Leibniz o Kant, habría analizado los procesos de *autoinmunización de la razón* desde un punto de vista epistémico estrictamente lógico o conceptual, con mucha mayor profundidad y corrección que las propuestas meramente semióticas o lingüísticas de los seguidores del segundo Wittgenstein.

Para concluir una reflexión crítica. Burge recurre a la *Conceptografía* de Frege, pero dado que el concepto de *inmunidad* es una noción estrictamente *biológica*, ¿a que modo de vida preferentemente se estaría refiriendo Burge? ¿al así llamado *mundo 3* lógico o cul-

tural en el que siempre pensó Frege; o más bien a la vida de los conceptos en el *mundo 1* de la realidad física o biológica, en el que ahora parece estar pensando preferentemente Burge? Por otro lado, ¿no habría también que extender la *autoinmunidad* al lenguaje, al menos al lenguaje axiomático de la lógica, aunque fuera en un grado y niveles distintos que el que se asigna a la razón? Finalmente, una vez abandonado el racionalismo dogmático leibniziano, ¿no habría que hablar de una posible recuperación de un segundo Leibniz más autocrítico que admitiera diversas formas posibles de articulación *autoimmune* entre las verdades de hecho y de razón? Evidentemente se trata de tres cuestiones relativamente marginales en el conjunto de la investigación, pero de bastante mayor calado de lo que inicialmente pudiera parecer.

Carlos Ortiz de Landázuri. Universidad de Navarra  
cortiz@unav.es

---

DE SANTIS, CHIARA

*Coscienza e Soggetto. B. Lonergan e l'ermeneutica dell'interiorità*, Città Nuova Editrice, Roma 2013, 243 pp.

El desarrollo filosófico de la obra lonerganiana puede ser interpretado como el esfuerzo de tematizar la subjetividad humana en todas sus dimensiones: sensitiva, inteligente, racional, moral, religiosa, afectiva, psicológica, entre otras.

Dentro de este devenir filosófico Chiara De Santis destaca algunos conceptos precisos: la atención a la dimensión existencial de la *conciencia humana* y el *análisis del sujeto* en su totalidad. Desde ellos, reconstruye una *hermenéutica de la interioridad*, reconociendo, por una parte, que la vasta y compleja obra de Lonergan no comprende de por sí un tratado que se ocupe específicamente de la hermenéutica pero, por otra parte, que el interés hermenéutico del filósofo se encuentra constantemente presente al interno de sus in-